

# ADENTRÁNDONOS EN EL SIGLO XXI

## LOS NUEVOS PARÁMETROS DE LA POLÍTICA GLOBAL<sup>1</sup>

La política se piensa y se discute, se defiende o se combate; se conciben y ponen en práctica planes y proyectos; las ideas surgen y se desvanecen en un espacio global. El espacio no decide nada por sí mismo: sólo los agentes y sus acciones tienen esa capacidad. Pero es esta dimensión –global desde hace mucho, pero con su capacidad de conexión mundial muy incrementada en los últimos tiempos– la que proporciona a los agentes sus puntos fuertes y débiles, sus limitaciones y oportunidades. Constituye el marco de referencia de sus iniciativas políticas. La habilidad y responsabilidad en el arte de la política, la fortuna y el genio, así como sus opuestos, permanecen intactos en este campo, pero es este último quien reparte las cartas.

Este espacio global abarca dos grandes planos: uno de ellos, el de la geopolítica, se estructura a partir de los parámetros del poder militar y diplomático entre Estados. El otro, el de la socioeconomía, define las condiciones para la orientación social y económica de los proyectos políticos, es decir, para su caracterización como izquierda o derecha. Este trabajo pretende analizar el espacio social de la política en cuanto a esa caracterización, como política de izquierdas o de derechas, desde la década de 1960 hasta esta primera década del siglo XXI. No se trata de una historia de las ideas políticas ni de un programa estratégico, aunque pueda tener relevancia para ambos, sino de un intento de evaluar los puntos fuertes y débiles de las fuerzas de izquierda y de derecha en un sentido amplio, no partidista, tanto en el pasado más reciente –que todavía pesa obligadamente sobre el presente–, como en las corrientes que están emergiendo actualmente.

---

<sup>1</sup> Artículo presentado originalmente en la conferencia sobre «La izquierda ante los nuevos tiempos» organizada por los senadores del PRD en México DF el 19 de abril de 2001.

El espacio geopolítico propiamente dicho sólo se tendrá en cuenta en la medida en que afecte más directamente a la configuración izquierda-derecha. Pero puede que sean necesarias algunas aclaraciones en cuanto a los conceptos utilizados. La distinción y separación analítica de dos elementos no implica, por supuesto, que sean literalmente distintos. En el mundo concreto, los espacios geopolítico y social están mutuamente imbricados. Sin embargo, es importante no confundirlos. La Guerra Fría, por ejemplo, tuvo una dimensión izquierda-derecha importante, la de las modernidades socialista y capitalista enfrentadas entre sí, pero también tuvo una dinámica geopolítica específica, que enfrentó a ambas superpotencias globales, afectando en cada bando a aliados, clientes y amigos. Sigue siendo una cuestión controvertida cuál de las dos dimensiones tuvo mayor importancia.

Los recursos, oportunidades y opciones de poder de los agentes interterritoriales en el plano geopolítico se generan a partir de una multitud de factores: potencia militar, peso demográfico, poder económico y localización geográfica, entre otros. Para la comprensión de la política izquierda-derecha que nos ocupa aquí hay dos aspectos más de especial importancia: la distribución mundial de poder geopolítico y el carácter social de los agentes interterritoriales o transterritoriales.

Acerca del primero, hay que señalar que la distribución de poder ha cambiado de forma dramática durante los últimos cuarenta años, y no en una sola dirección. El período que estudiamos comenzó con la primera derrota militar estadounidense en toda su historia, en Vietnam, y con el logro por parte de la URSS de una casi paridad militar; luego vino el colapso de la Unión Soviética y la proclamación de la victoria final de Estados Unidos en la Guerra Fría. En 1956, el fiasco de la invasión de Suez por las fuerzas franco-británico-israelíes señaló el fin de la potencia militar europea a escala mundial, pero la construcción de la Unión Europea significa el renacer de Europa como gran potencia económica y como laboratorio continental para una compleja urdimbre de relaciones interestatales. A comienzos del período en cuestión, Japón era la estrella económica en ascenso; actualmente parece estar apagándose económicamente y envejeciendo socialmente. En China, por el contrario, las décadas de crecimiento espectacular ininterrumpido han proporcionado gran relevancia económica a su impresionante peso demográfico.

El carácter social de los agentes interterritoriales puede constatarse no sólo en el color de los regímenes estatales, sino también en la orientación y peso de fuerzas no estatales. Durante este período han ido cobrando importancia dos nuevos tipos de agentes internacionales<sup>2</sup>, de significado

---

<sup>2</sup> Las corporaciones multinacionales son un elemento característico del capitalismo desde hace mucho tiempo.

social divergente. El primero es el de las organizaciones interestatales transnacionales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o la Organización Mundial del Comercio, que han constituido una importante punta de lanza neoliberal de la derecha (aunque en el Banco Mundial se hayan oído algunas voces disidentes). El segundo es un conjunto más deshilvanado de redes, movimientos y grupos de presión transnacionales preocupados por cuestiones globales, surgidos como agentes progresistas muy significativos en la arena mundial, sobre todo mediante sus vínculos con instrumentos de Naciones Unidas como los convenios sobre Derechos Humanos y las conferencias sobre Población y Derechos de la Mujer, y más recientemente mediante sus movilizaciones internacionales contra la liberalización del comercio.

En resumen, aunque Estados Unidos se haya convertido en la única superpotencia global, el espacio geopolítico no se ha hecho simplemente unipolar, sino que está adoptando formas nuevas de complejidad.

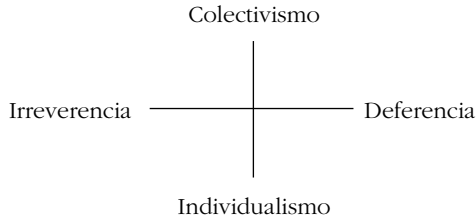
### *Plano socioeconómico*

En el espacio social de la política moderna hay al menos tres parámetros decisivos: Estados, mercados y «conformaciones sociales»<sup>3</sup>. Los dos primeros son complejos institucionales bien conocidos y muy notorios. El tercero puede exigir alguna explicación. Se trata de la *configuración* de agentes sociales, proceso muy influido, desde luego, por los Estados y mercados, pero que también cuenta con una fuerza propia, a partir de las formas de vida y residencia, religiones e instituciones familiares. Abarca no sólo una estructura de clase, sino, más fundamentalmente, una interpretación de las modificaciones y matices en esa estructura. Puede ser útil al respecto considerar una diferenciación analítica de la conformación social más abstracta que las convencionales sobre el tamaño o fuerza de las clases o de las identidades categoriales (clase, género, etnicidad, etc.). Las conformaciones que pretendo poner de relieve son las socioculturales, que resaltan las orientaciones culturales socialmente determinadas en sentido amplio, más que las categorías estructurales en sí. Sugeriría como dimensiones clave la irreverencia-deferencia y el colectivismo-individualismo (esbozadas en la Figura 1).

---

<sup>3</sup> El propio capitalismo es un sistema de mercados, conformaciones sociales y uno o más Estados. Analizar las características y, sobre todo, las interrelaciones de esas tres dimensiones es una forma –a mi juicio, muy fructífera– de estudiar las relaciones de poder y su dinámica en el capitalismo. Esas variables tienen la ventaja de permitir panorámicas empírico-analíticas sin presuponer o requerir evaluaciones de la «sistematicidad» capitalista efectiva de los Estados y modelos sociales. Dado que la política actual y a medio plazo difícilmente se puede resumir en términos de la confrontación socialismo *versus* capitalismo, este aparato conceptual –más amplio, más flexible y menos focalizado en el par capital/trabajo– puede resultar más eficaz que otros.

FIGURA 1: Dimensiones decisivas de las conformaciones sociales de los agentes



Irreverencia y deferencia aluden aquí a la actitud frente a las desigualdades existentes de poder, riqueza y *status*; en cuanto al par colectivismo-individualismo, está en relación con la propensión, alta o baja, hacia la identificación y organización colectiva. La izquierda clásica contaba con el impulso «irreverente y colectivista» de la clase obrera socialista y de los movimientos antiimperialistas, mientras que otras corrientes radicales contemporáneas, como los movimientos de liberación de la mujer o por los derechos humanos, tienen un carácter más individualista. La derecha tradicional era institucional o clientelísticamente colectivista; el liberalismo, tanto el viejo como el nuevo, tiende más bien hacia un «individualismo deferente» hacia los de *status* supuestamente más elevado, ya sea entre pueblos, poblaciones o familias.

Es en este triángulo de Estados, mercados y conformaciones sociales donde las ideas políticas alcanzan influencia y donde tiene lugar la acción política. La dinámica de ese espacio deriva, en primer lugar, de los resultados de enfrentamientos políticos anteriores; en segundo lugar, de la aportación de nuevos conocimientos y nuevas tecnologías; y en tercer lugar, del devenir del sistema económico (actualmente capitalista, coexistente hasta hace poco con el socialismo real). En la Figura 2 se puede observar un esquema de la totalidad del modelo.

FIGURA 2: Espacio social de la política y su dinámica



## I. COORDENADAS DEL ESPACIO POLÍTICO

La mayoría de las discusiones actuales sobre el Estado, ya sea en la izquierda o en la derecha, se centran en la cuestión del «Estado-nación» confrontado a la globalización, o en la privatización como desafío a sus instituciones. Estos enfoques tienden a ignorar tanto la realidad del planteamiento político de los Estados como, lo que aún es más grave, las distintas formas estructurales de desarrollo estatal. En cuanto al primer punto la cuestión clave es si durante los últimos cuatro decenios ha disminuido o no la capacidad del Estado para alcanzar objetivos políticos propios. La respuesta clara para las democracias desarrolladas es que, en general, no ha disminuido. Por el contrario, cabría decir que en los últimos años se han producido algunos éxitos pasmosos de la planificación estatal: la reducción —de hecho, la virtual desaparición— a escala mundial de la inflación es un ejemplo importante; el desarrollo de fuertes organizaciones regionales interestatales como la Unión Europea, la ASEAN, Mercosur o el TLCAN es otro. Ciertamente es que el persistente desempleo masivo en la Unión Europea es un claro fracaso político, pero los desempleados europeos no se han visto empujados, en general, hacia una pobreza al estilo de Estados Unidos, lo que se debe considerar al menos como un modesto éxito.

Las orientaciones y prioridades políticas han cambiado; puede que hagan falta nuevas habilidades y mayor flexibilidad; como siempre, gran número de proyectos fracasa en la materialización de sus objetivos, pero eso no es nada nuevo. Los Estados-nación, las regiones y las ciudades seguirán mostrando una eficacia diversa, pero no veo en ello tendencia alguna a una disminución generalizada en su capacidad para el diseño y aplicación de planes políticos. Es probablemente cierto que se ha hecho más difícil la puesta en práctica de determinadas políticas de izquierda, pero eso no se debe tanto a fracasos a escala de Estado como a la inclinación hacia la derecha de las coordenadas políticas.

### *Formas de Estado exitosas*

El error más serio del discurso globalizador convencional, no obstante, es su ceguera frente al desarrollo de formas de Estado muy diferenciadas en los últimos cuarenta años. En la década de 1960 surgieron dos modelos: el Estado del bienestar, basado en generosos derechos sociales financiados públicamente, y el modelo del «desarrollo orientado hacia el exterior» del Este asiático. Desde entonces ambos se han desarrollado y consolidado con éxito. Si bien la región que constituía el núcleo del primero, esto es, del Estado del bienestar, ha sido la Europa occidental, también ha tenido un impacto notable en todos los países de la OCDE. Aunque sus raíces europeas tienen una larga historia, fue a partir de 1960 cuando comenzó a prevalecer, al expandirse de repente el gasto y los ingresos del Estado, en aproximadamente un decenio, más que durante toda su

historia anterior. Aunque la teoría convencional de la globalización no lo tenga en cuenta, en las últimas cuatro décadas del siglo xx los Estados desarrollados han crecido mucho más rápidamente que el comercio internacional. Para el conjunto de la antigua OCDE el gasto público creció como proporción del PNB, entre 1960 y 1999, en un 13 por 100, mientras que las exportaciones crecieron tan sólo un 11 por 100<sup>4</sup>. Para los quince miembros de la Unión Europea las cifras correspondientes son del 18-19 y el 14 por 100, respectivamente<sup>5</sup>.

Pese a las muchas afirmaciones en contra, que han encontrado eco tanto en la izquierda como en la derecha, el Estado del bienestar todavía mantiene firmes pilares en todos los lugares donde se construyó. Ya se mida por el gasto público o por los ingresos del Estado, el sector público de los países más ricos del mundo ha alcanzado su nivel más alto históricamente o un nivel elevado que se ha estabilizado en estas últimas cuatro décadas. Para los países de la OCDE de Europa occidental, Norteamérica, Japón y Oceanía, el promedio nacional del gasto público total en 1960 (sin ponderarlos en función de la población, y sin incluir Islandia y Luxemburgo) fue del 24,7 por 100 del PNB; en 1997 había crecido hasta el 47,3 por 100. Para los países del G7, el gasto público aumentó del 28 por 100 de su PNB total en 1960 hasta el 37 por 100 en 1999. Ciertamente es que en ambos casos la proporción del gasto fue un par de puntos porcentuales más alto durante los años de recesión de comienzos de la década de 1990 que en el punto final del período de expansión, pero eso debe interpretarse como una fluctuación coyuntural. Desde el punto de vista de los recursos gestionados por el Estado, los últimos años del siglo xx marcaron un punto máximo jamás alcanzado hasta entonces: afluyó a las arcas públicas de la OCDE el 38 por 100 del PNB; para la Unión Europea fue el 46 por 100. Esto no significa que no exista una necesidad y demanda creciente de enseñanza, sanidad y protección social y jubilaciones, que requerirán un crecimiento aún mayor del Estado del bienestar, pese a la resistencia de las fuerzas de derecha.

La segunda forma de Estado nueva, nacida igualmente en la década de 1960, ha sido la del modelo de desarrollo orientado hacia el exterior vigente en el Este asiático: basado en las exportaciones hacia el mercado mundial, con una fuerte inclinación hacia la industria, y caracterizado por la planificación estatal y el control de la banca y el crédito (de hecho, en algunos casos como el coreano, por la propiedad pública absoluta). Experimentado primeramente por Japón, el Estado desarrollista se convirtió pronto –con combinaciones variables de intervención estatal y empresa capitalista– en un modelo regional, en el que Corea del Sur (quizá el arquetipo

---

<sup>4</sup> Esto es, para la OCDE antes de la reciente inclusión de México, Corea del Sur y los países poscomunistas de Europa central.

<sup>5</sup> Datos para 1960 de la OCDE, *Historical Statistics 1960-1997*, París, 1999, tablas 6.5 y 6.12; para 1999, OCDE, *Economic Outlook*, París 2000, Apéndice, tablas 28 y 29.

actual), Taiwán, Singapur y Hong Kong marcaban el camino a seguir a Tailandia, Malasia, Indonesia, y con menos éxito, Filipinas (que, cultural y socialmente, constituyen algo así como la América Latina del sureste asiático, con una poderosa oligarquía terrateniente, por ejemplo). Ésos fueron los ejemplos en que se inspiró China desde finales de la década de 1970, como lo haría un decenio más tarde Vietnam. Entre estos países y sus diferentes formas de capitalismo existen considerables diferencias, pero todos ellos surgieron de un contexto regional común, un área fronteriza en la Guerra Fría que recibía un gran apoyo económico (y militar) de Estados Unidos. Todos ellos compartían un modelo de desarrollo regional, Japón; una oligarquía terrateniente quebrada o inexistente; una elevada tasa de alfabetización; y un fuerte estrato empresarial, constituido normalmente por miembros de la diáspora china. En su mayoría, también tenían regímenes políticos semejantes: autoritarios, pero muy comprometidos con el desarrollo económico nacional mediante la competitividad internacional, y con la voluntad de poner en práctica iniciativas estatales decisivas de varios tipos.

El legado de la década de 1960 sigue siendo uno de los rasgos característicos del mundo de hoy. China, el mayor país del planeta, se ha convertido en el Estado desarrollista más exitoso de la historia, con una tasa de crecimiento de casi el 10 por 100 anual durante dos decenios. La crisis de 1997-1998 golpeó muy duramente a Corea así como al sureste asiático, pero con la posible excepción de Indonesia, donde se han multiplicado las disensiones internas, no ha dado lugar a una década perdida; por el contrario, la mayoría de los países de la región, sobre todo Corea, ya han reaccionado vigorosamente.

Los Estados del bienestar de Europa occidental y los desarrollistas del Este de Asia estaban enraizados en sociedades de conformación muy diferente, y sus prioridades políticas han sido también muy distintas. Pero en tanto que Estados y economías tenían dos importantes rasgos en común. En primer lugar, están volcados hacia el exterior, dependiendo de las exportaciones al mercado mundial. Contrariamente a la opinión convencional, en los países ricos de la OCDE ha habido una correlación positiva, significativa y coherente, entre la dependencia del mercado mundial y la largueza de los derechos sociales: cuanto más depende un país de las exportaciones, mayor es su generosidad social<sup>6</sup>. En segundo lugar, pese a su ventaja competitiva y a su receptividad hacia las novedades, ni los Estados del bienestar ni los desarrollistas están del todo abiertos a los

---

<sup>6</sup> A mediados de la década de 1990, el coeficiente de correlación de Pearson entre las exportaciones y el gasto social como porcentajes del PNB en los países que formaron parte originalmente de la OCDE era 0,26. Probablemente no exista una relación directa causa-efecto, sino que más bien se deba interpretar en el sentido de que la competitividad internacional ha contribuido, mediante el crecimiento, al peso de las fuerzas progresistas, sin ser incompatible con el esfuerzo de estas últimas por ampliar los derechos sociales.

vientos del mercado mundial. Ambos modelos han establecido, y mantienen, sistemas de protección doméstica. En los Estados del bienestar éstos adoptan la forma de la seguridad social y la redistribución de la renta). Cuando Finlandia, por ejemplo, fue golpeada por la recesión a comienzos de la década de 1990, lo que supuso un 10 por 100 de disminución del PNB del 10 por 100 y un aumento del desempleo hasta cerca del 20 por 100 de la población activa, el Estado intervino para impedir el aumento de la pobreza, y mantuvo una de las distribuciones de la renta más igualitarias del mundo. La economía finaesa está resurgiendo de nuevo, y la empresa Nokia es el líder mundial en la producción de teléfonos móviles. Medido según las normas europeas, el Estado del bienestar canadiense no está particularmente desarrollado; sin embargo, pese a los estrechos lazos de Canadá con su enorme vecino —reforzados actualmente mediante el TLCAN—, ha sido capaz de mantener su distribución de la renta más igualitaria durante los pasados veinte años, mientras que en Estados Unidos la desigualdad ha crecido abruptamente.

Los Estados desarrollistas asiáticos se han preocupado más por la protección política y cultural frente a las influencias extranjeras no deseadas, adoptando a menudo en ese proceso una actitud nacionalista autoritaria. Japón y Corea del Sur han llevado a cabo también sordas pero tenaces y eficaces batallas contra la inversión extranjera. El intento del FMI, tras el que se ocultaba Estados Unidos, de utilizar la crisis del Este asiático de 1997-1998 para obligar a que abriesen sus economías de la región sólo ha alcanzado éxitos modestos; Malasia incluso consiguió hacerle frente imponiendo una serie de controles sobre los flujos de capital a través de sus fronteras.

### *Estados fracasados*

Ha habido también, por otro lado, una crisis letal que ha afectado a los Estados económicamente orientados hacia el interior y con poco comercio exterior. Los modelos comunistas blindados han implosionado, con la excepción de Corea del Norte, que apenas se mantiene a flote. China, Vietnam, Kampuchea y Laos han emprendido todos ellos un nuevo curso; China cuenta ahora con una proporción mayor de inversiones extranjeras que América Latina. Cuba ha logrado sobrevivir frente al bloqueo estadounidense, aun después de la desaparición de la Unión Soviética, convirtiéndose en gran medida en un país turístico con la ayuda de capitales procedentes de Italia, Canadá y España. En África, los Estados poscoloniales con ambiciones «socialistas» nacionales han fracasado miserablemente, hundiéndose en la falta de competencia administrativa y económica y de cultura política nacional. Asia meridional contaba con mejores condiciones iniciales, con una elite administrativa cualificada, una burguesía nacional significativa y una cultura democrática. Pero el resultado ha sido desalentador, con un sistema educativo exclusivista y un crecimiento económico muy bajo que ha hecho aumentar el número de



pobres. El giro industrializador articulado mediante la estrategia de sustitución de importaciones en América Latina en la década durante 1950 alcanzó algunos éxitos, especialmente en Brasil, pero en las décadas de 1970 y 1980 ese modelo había entrado claramente en vía muerta. Para esa época toda la región había entrado en una profunda crisis, tanto económica como política. Los Estados tradicionalmente volcados hacia el interior, como la España de Franco, se vieron también obligados al cambio: desde 1960, aproximadamente, España emprendió una nueva vía, concentrándose en el turismo de masas y atrayendo inversiones extranjeras.

La crisis generalizada de este tipo de Estados orientados hacia el interior, en todas sus variantes –en agudo contraste con el éxito de las distintas versiones de formas estatales orientados hacia el exterior–, tendría que tener alguna explicación general, que probablemente se debería buscar a partir de las siguientes líneas. En el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial se produjo una nueva expansión del comercio internacional, por más que a comienzos de la década de 1960 éste sólo hubiera alcanzado el nivel que tenía en 1913. Más importante que su volumen, no obstante, fue su nuevo carácter. Como quedó claro hacia finales del siglo xx, el comercio internacional ha ido dejando de ser un intercambio de materias primas por productos industriales, como sucedía en la época de orientación hacia la exportación en América Latina, para pasar a ser, cada vez más, una competencia entre empresas industriales. Un efecto de este crecimiento del comercio intraindustrial fue un estímulo masivo a la tecnología; los países que se mantenían al margen del mercado mundial tendieron a dejar pasar esa oleada de desarrollo. A comienzos de la década de 1980, cuando la producción de acero soviética sobrepasó por primera vez a la de Estados Unidos, el acero se había convertido en una expresión de obsolescencia económica más que un indicativo de poderío industrial. Al mismo tiempo, los avances en la tecnología de las comunicaciones hicieron cada vez más difícil aislar a la población de cualquier país de las impresiones del mundo exterior.

Como conclusión de cuanto llevamos dicho cabría afirmar, pues, que en las condiciones actuales de la globalización un Estado puede todavía hacerse valer y poner en práctica sus propias políticas, con tal que su economía sea capaz de competir en el mercado mundial. Para la izquierda clásica, se trata de un nuevo reto.

### *Corporaciones y Estados*

La importancia económica relativa de las grandes corporaciones ha crecido durante este largo tramo histórico, materializando la concentración de capital que Marx había predicho. En 1905, las 50 corporaciones estadounidenses más importantes por su capital nominal poseían activos equivalentes al 16 por 100 del PNB estadounidense; en 199, los activos de las 50 mayores empresas industriales estadounidenses equivalían al 37 por

100 del PNB. En el Reino Unido, los activos de las diez mayores empresas industriales pasaron del 5 por 100 del PNB británico en 1905 al 41 por 100 en 1999, y una sola de ellas, Vodafone, que es el mayor operador mundial de teléfonos móviles, poseía activos equivalentes al 18 por 100 del PNB<sup>7</sup>. Comparado con el crecimiento del Estado, no obstante, el crecimiento de las grandes empresas no resulta tan impresionante. Aunque las cifras no sean del todo comparables, en Estados Unidos –por sorprendente que esto pueda parecer a algunos–, el Estado ha crecido más rápidamente que las grandes corporaciones industriales en el siglo xx, si bien no se puede decir lo mismo del Reino Unido. El gasto público en Estados Unidos se ha más que cuadruplicado entre 1913 y 1998, creciendo del 7,5 al 33 por 100 del PNB; en el Reino Unido se triplicó, pasando del 13 al 40 por 100<sup>8</sup>. En Suecia el Estado también ha crecido más que las grandes corporaciones. El capital de las tres mayores empresas industriales del país equivalía a un 11-12 por 100 del PNB en 1913 y 1929, decaió hasta el 10,5 por 100 en 1948 y alcanzó el 28-29 por 100 del PNB en 1999. Los ingresos del Estado, por su parte, crecieron del 8 por 100 del PNB en 1913 hasta el 52 por 100 en 1997.

En el período más reciente, las relaciones de crecimiento entre las corporaciones transnacionales y las economías nacionales se han matizado sorprendentemente. Si nos atenemos a la renta –una medida usualmente no disponible para comparaciones a largo plazo–, las diez mayores corporaciones del mundo han *decrecido* en comparación con la mayor economía nacional del planeta. En 1980, sus ingresos por ventas equivalían al 21 por 100 del PNB estadounidense; en 1999 sólo alcanzaban el 17 por 100. La renta empresarial en los dos años señalados equivalía, en ambos casos, a 3,3 veces el PNB mexicano. Aun así, nos enfrentamos a enormes fuerzas privadas. En 1999, la renta total de las 500 corporaciones más importantes equivalía al 43 por 100 del producto mundial. Sus beneficios anuales, por sí solos, eran 29 por 100 mayores que el PNB mexicano, siendo la población de este país de 97 millones de habitantes<sup>9</sup>. Es la riqueza, más que la renta de las grandes corporaciones, lo que ha crecido con respecto a los Estados y las economías nacionales. Contrariamente a lo que se suele suponer, la renta empresarial no ha mantenido el

---

<sup>7</sup> La balanza por cuenta de capital –en principio, la balanza de activos frente a participaciones y deudas– registrada históricamente puede no coincidir exactamente con la contabilidad actual de los activos de las corporaciones, pero esa diferencia corresponde al desarrollo efectivo de éstas. Los cálculos aquí presentados proceden de P. L. PAYNE, «The Emergence of the Large Scale Company in Great Britain», *Economic History Review* 20 (1967), pp. 540-541, y de la contabilidad nacional británica y estadounidense, comparados con los datos contemporáneos proporcionados por *Fortune*, 31 de julio de 2000, y por el Banco Mundial en su *World Development Report 2000/2001*.

<sup>8</sup> N. CRAFTS, «Globalization and Growth in the Twentieth Century», en FMI, *World Economic Outlook, Supporting Studies*, Washington DC, 2000, p. 35.

<sup>9</sup> Los datos relativos a las corporaciones de *Fortune*, 24 de julio de 2000; los relativos al PNB proceden del Banco Mundial, *World Development Report 2000/2001*.

mismo ritmo de crecimiento que las economías del centro en las dos últimas décadas<sup>10</sup>.

### *Dinámicas de mercado*

Los que sí han crecido más aún que las grandes corporaciones son los mercados (transnacionales). La financiación de la guerra de Vietnam fue probablemente uno de los puntos de inflexión en la historia económica del siglo xx: ayudó a crear el nuevo mercado monetario transnacional con sus gigantescos flujos de capital, y las compras de guerra estadounidenses desempeñaron un papel crucial en el despegue del desarrollo en el Este asiático. A escala mundial, la contratación en el mercado de valores se ha incrementado desde el 28 por 100 del producto mundial en 1990 hasta el 81 por 100 en 1998. La capitalización del mercado de valores estadounidense creció desde el 40 por 100 del PNB, aproximadamente, en 1980, hasta el 55 por 100 en 1990 y el 150 por 100 a comienzos de 2001, tras alcanzar un máximo de un 180 por 100. Los flujos de capital transnacionales se han acelerado hasta niveles increíbles, debido no sólo —ni siquiera principalmente— a las innovaciones en el mundo de las comunicaciones, sino a los cambios institucionales. Dos ejemplos: uno es el mercado monetario transnacional. El anclaje transnacional de posguerra del sistema monetario, establecido en Bretton Woods, colapsó a comienzos de la década de 1970. El comercio monetario transnacional se convirtió pronto en un gigantesco casino global, equivalente a 12 veces las exportaciones mundiales en 1979 y a 61 veces en 1989, manteniéndose desde entonces en ese *altiplano*\*. En abril de 1998 el cambio *diario* de moneda extranjera en todo el mundo era 3,4 veces mayor que el PNB mexicano en todo el año. Desde el otoño de 1998, no obstante, habiéndose producido *inter alia* la introducción del euro y las repercusiones de la crisis asiática, el comercio con divisas ha decrecido significativamente.

El segundo cambio a tener en consideración ha sido el desarrollo de mercancías significativamente nuevas. Uno de esos inventos, concebido en la década de 1970 pero que alcanzó su plena expansión en la de 1980, fue el de los *derivados*: apuestas sobre el futuro. Entre 1986 y 1996 el comercio con derivados se multiplicó por 56, alcanzando un volumen de aproximadamente 34 billones de dólares. En 1995 la suma ficticia de apuestas realizadas en el mercado global de derivados casi igualaba a la produc-

---

<sup>10</sup> Los activos registrados en la contabilidad de las corporaciones son más estables que la capitalización de mercado, esto es, el valor que alcanzan un día determinado en el mercado de valores sus acciones. El 24 de abril de 2000, en el momento en que se inició la caída del mercado mundial de valores, el valor en el mercado de Microsoft alcanzaba casi el 7 por 100 del PNB estadounidense en 1999, y el de General Electric era de casi el 6 por 100. Véase *Financial Times*, 4 de mayo de 2000.

\* En castellano en el original.

ción mundial total; desde 1996 la ha sobrepasado. Los flujos transnacionales de bonos y acciones crecieron en la década de 1980 y alcanzaron un máximo en 1998. Las transacciones transnacionales de bonos y acciones en las que estaban implicados ciudadanos residentes en Estados Unidos crecieron desde el 6,9 del PNB estadounidense en 1975-1979 hasta el 221,8 por 100 en 1998 –esto es, más del doble del PNB estadounidense–, antes de disminuir hasta el 189 por 100 en 1999<sup>11</sup>.

### *Menos clase, más irreverencia*

El empleo industrial alcanzó un máximo en los núcleos capitalistas en la segunda mitad de la década de 1960, lo que vino seguido de un dramático proceso de desindustrialización en la de 1980; el movimiento de la clase obrera industrial alcanzó su máximo histórico en cuanto a tamaño e influencia en la década de 1970<sup>12</sup>. Mientras que la industrialización y la formación de una clase obrera industrial proseguían en Asia oriental y sudoriental, sobre todo en Corea del Sur, donde el empleo en la industria creció vertiginosamente, del 1,5 por 100 en 1960 hasta el 22 por 100 en 1980, llegando en 1990 al 27 por 100 del empleo total, la desindustrialización golpeó también a viejos centros industriales del Tercer Mundo como Bombay. Desde 1980 el empleo en la industria decayó relativamente también en los países más desarrollados de América Latina, exceptuando México y sus *maquiladoras*\* dirigidas desde Estados Unidos<sup>13</sup>. Entre 1965 y 1990, el empleo industrial decreció, como porcentaje del empleo mundial total, del 19 al 17 por 100; en los «países industrializados», la disminución fue del 37 al 26 por 100 del empleo total<sup>14</sup>.

La gran época del movimiento de la clase obrera industrial ha llegado a su fin. De hecho, el trabajo industrial sólo ha superado al empleo postagrario en Europa, pero no en Estados Unidos, Japón o Corea del Sur, y es muy improbable que llegue a hacerlo nunca. El «colectivismo irreverente» clásico, cuyo soporte histórico principal era el movimiento de la clase obrera industrial, ha dejado atrás su punto culminante y está debilitándose progresivamente. Pero esto sólo es una parte de la historia.

La otra evolución crucial en este período ha sido la fuerte erosión de la deferencia tradicional, tanto la religiosa como la sociopolítica. La *desa-*

<sup>11</sup> Banco Mundial, *World Development Indicators*, Washington DC, 2000, tabla 5.2; *Dagens Nyheter*, 12 de abril de 2001, p. C3; David HELD *et al.*, *Global Transformations*, Cambridge, 1999, pp. 208-209; Bank for International Settlements, *70<sup>th</sup> Annual Report*, Basilea, 2001, pp. 90, 98 y *passim*.

\* En castellano en el original.

<sup>12</sup> Véase mi *Europa hacia el siglo veintiuno*, México, 1999, pp. 69 ss.

<sup>13</sup> CEPAL, *Panorama Social*, Santiago de Chile, 1997, tabla III.3.

<sup>14</sup> ILO, *World Employment 1995*, Ginebra, 1995, p. 29.

*grarización* ha sido un factor importante, al descender el trabajo agrícola del 57 al 48 por 100 del empleo mundial entre 1965 y 1990, si bien los campesinos no siempre han sido, ni en todas partes, del todo deferentes. Según el censo de 2000, los habitantes de las ciudades en China constituyen actualmente más de un tercio de la población, cuando hace diez años eran sólo la cuarta parte. Los Países Bajos ofrecen un notable ejemplo de secularización: los partidos explícitamente religiosos recibían más de la mitad de los votos en las elecciones celebradas desde la introducción del sufragio universal en 1918 hasta 1963; esa proporción disminuyó entonces hasta la tercera parte en los veinte años siguientes. La impronta del patriarcado también ha perdido fuerza: los derechos de la mujer y las cuestiones de igualdad de género se han hecho presentes en la agenda política de prácticamente todos los países del mundo.

Lo que podríamos llamar modernización, resultante del cambio económico (la educación, la comunicación de masas, los derechos democráticos formales, las migraciones transnacionales, etc.), ha tenido como efecto la erosión de muchos tipos de deferencia, que afectan no sólo a las mujeres y a los jóvenes sino también a los estratos asalariados intermedios en la mayoría de los países; a las castas inferiores y los «intocables» en Asia meridional; a los pueblos indígenas en todos los continentes; a los pobres urbanos en los suburbios de las grandes ciudades del Tercer Mundo; a los católicos y protestantes europeos... Este resultado de la evolución comenzó a constatarse en la década de 1960, socavando el clientelismo tradicional en la Europa y la América latinas. Se puso de relieve en las protestas de 1968 y más tarde en los movimientos de liberación de la mujer que se desarrollaron a raíz de aquellos acontecimientos.

Un elemento de esta erosión de la deferencia ha sido la creación de nuevas formas de colectivismo rebelde. Los pueblos indígenas se han organizado para la defensa de sus derechos; las castas inferiores han reconfigurado su identidad colectiva como *dalits*, aplastados u oprimidos, en lugar de contaminados o intocables; las mujeres han puesto en pie redes feministas transnacionales. Pero también han aparecido otras tendencias hacia lo que podríamos llamar «individualismo deferente», como la adoración de la riqueza y el éxito en cualquiera de sus formas. El declive de las antiguas autoridades ha dado lugar a nuevas formas de autoritarismo o fundamentalismo, particularmente significativo en el protestantismo americano, el Islam en el norte de África y Oriente Medio y el judaísmo israelí. Mientras que el fundamentalismo islámico y el evangelismo latinoamericano han proliferado en las grietas de las instituciones religiosas tradicionales y en los fracasos sociales de la izquierda secularizada, las corrientes fundamentalistas en el judaísmo y en el protestantismo estadounidense parecen más bien impulsadas por preocupaciones identitarias específicas.

Es imposible, en este momento, extraer un balance de los efectos combinados de todos estos procesos sociales, con sus muchas contradicciones,

sus excepciones y sus desigualdades. Pero a mi juicio el sentido general que van tomando no sólo queda fuera del colectivismo tradicional, sino que también se encamina, al parecer, hacia una mayor irreverencia frente a las desigualdades y privilegios, en particular los que se derivan del poder y el *status*. Desde una perspectiva de izquierdas, estos procesos tanto ofrecen un apoyo potencial de nuevos aliados contra la deferencia como suscitan el desafío de un cuestionamiento individualista, o al menos neocolectivista, del colectivismo tradicional de la izquierda y de los movimientos obrero y antiimperialista. Más importante aún, sin embargo, es que esa evolución no sólo proporciona recursos adicionales para la izquierda; plantea cuestiones nuevas y genera nuevos problemas de prioridades, alianzas y compromisos. El ecologismo y la política identitaria, por ejemplo, pueden chocar abruptamente con el desarrollismo y el igualitarismo de la izquierda clásica. La irreverencia puede expresarse también de forma repulsiva, como violencia xenófoba o criminalidad generalizada.

## II. LA DINÁMICA DE LA ESFERA POLÍTICA

En el marco de estas coordenadas han comenzado a funcionar dinámicas nuevas. Las más inmediatas son las creadas por el resultado histórico de desafíos políticos previos. Enumeraremos a continuación las que parecen haber sido las victorias y derrotas más significativas, los éxitos y fracasos de los últimos cuarenta años para la izquierda y la derecha, señalando qué cambios de parámetros se han producido en el conjunto del campo político.

### *Éxitos de la izquierda*

1. El descrédito del racismo explícito y el hundimiento del colonialismo. Hasta la década de 1960, el dominio colonial europeo sobre otros pueblos se consideraba todavía en general absolutamente legítimo. En Estados Unidos se les negaban todavía los derechos humanos y civiles a los negros. La descolonización de África, la derrota del racismo institucional en Estados Unidos, la capitulación del *apartheid* en Sudáfrica y el descalabro del imperialismo estadounidense en Cuba y Vietnam constituyeron victorias resonantes de la izquierda, que alteraron de forma importante el espacio político mundial.
2. La discusión sobre el Estado del bienestar en la posguerra en los países capitalistas avanzados –¿implicaba la nueva prosperidad que no hacía falta tanto gasto social, o por el contrario que ahora se disponía de mayores medios para una seguridad social y servicios sociales adecuados?– fue ganada abrumadoramente por la izquierda (reformista), especialmente en Alemania occidental, Escandinavia y Holanda, y quedó ratificada por una serie de importantes victorias electorales en torno a 1960.

3. El movimiento estudiantil a escala mundial en 1968 constituyó un acontecimiento fundamental para las fuerzas irreverentes en todo el mundo, atacando no sólo a la tradición y la reacción, sino también la complacencia del liberalismo social, la socialdemocracia, el comunismo y las revoluciones nacionales. Rechazó la fórmula del crecimiento económico y la extensión de la educación de masas como cumplimiento acabado de las demandas clásicas de emancipación e igualdad enarbolados por la Ilustración y por la izquierda; y estableció nuevas tareas para la liberación y autorrealización humanas.
4. El nuevo movimiento feminista cuestionó el liderazgo masculino de los movimientos de liberación e igualdad donde los papeles de género tradicionales permanecían inmutables. En general, el feminismo ha sido un movimiento de izquierda en sentido amplio, aunque más en Europa occidental y a su modo en el Tercer Mundo que en Estados Unidos, cuestionando el dominio masculinista del capital tanto como el del patriarcado. En el pasado, los votos de las mujeres tendían a ser más de derechas que los de los hombres, pese a la tendencia de los primeros movimientos feministas a alinearse junto a la izquierda. Pero a lo largo de las décadas de 1980 y 1990 esto ha evolucionado, en las democracias capitalistas, hacia una preferencia del voto femenino por partidos y candidatos de centro-izquierda, como se ha podido constatar por ejemplo en las últimas elecciones presidenciales en Estados Unidos.

### *Fracasos y derrotas de la izquierda*

1. Un momento de inflexión importante fue la incapacidad de la izquierda para liderar victoriosamente los conflictos distributivos que se desencadenaron durante las crisis económicas de las décadas de 1970 y 1980. Los socialdemócratas de Europa occidental (sobre todo los laboristas británicos), los liberales estadounidenses, los populistas latinoamericanos y la izquierda chilena se vieron confrontados a ese tipo de conflictos, que condujeron a crisis cada vez más profundas de inflación, desempleo, ingobernabilidad y declive económico. Sus fracasos abrieron la vía a una enérgica reacción de derechas, que fue extremadamente violenta en América Latina aunque se mantuvo dentro de los márgenes de la democracia formal en Norteamérica y Europa occidental. Así surgió el movimiento neoliberal, cuyas consecuencias seguimos sufriendo aún.
2. El *rendez-vous manqué* entre los contestatarios de 1968 y los movimientos obreros realmente existentes. Tras su primera oleada de iconoclastia individualista, los primeros se volcaron en un romance bolchevique mimético y en la «construcción del partido». El desencanto generó a su vez un arrepentimiento liberal de derechas, la eclosión de los *nouveaux philosophes* y las tropas ideológicas de asalto de las gue-

rras del Golfo y de Yugoslavia, así como el individualismo autoindulgente de los chicos de Clinton. Incluso así, gran parte del individualismo irreverente de 1968 se ha mantenido, expresándose políticamente en los movimientos feminista y ecologista y en el activismo por los derechos humanos. Pero se perdió el potencial para una renovación histórica o refundación de la izquierda al fracasar esa confluencia posible.

3. La capacidad de la derecha para el ejercicio de la violencia, fatalmente subestimada por la izquierda, condujo a una serie de derrotas sangrientas: Indonesia en 1965, el Cono Sur latinoamericano a comienzos de la década de 1970, y un combate más prolongado pero proporcionalmente aún más asesino en América Central.
4. La implosión del comunismo en la década de 1990 constituyó un giro negativo de escala histórica, tanto para la izquierda comunista como para la no comunista: la posibilidad de una sociedad no capitalista viable perdió mucha de su credibilidad. El hundimiento del comunismo no fue ni una derrota heroica ni simplemente el resultado de un proceso acelerado de decadencia. Tuvo, de hecho, una peculiaridad paradójica: tanto en la Unión Soviética como en China, el comienzo del fin se vio marcado por una oleada de reformas internas radicales e inesperadas; en ambos casos, el desenlace sobrevino como resultado no pretendido del éxito de esas reformas. En la Unión Soviética, las reformas fueron en gran medida políticas y democratizadoras, hundiendo en el caos la economía planificada y beneficiando finalmente a los políticos nacionalistas. En China fueron sobre todo económicas, haciendo trizas la política socialista al tiempo que corrompían profundamente el Estado-partido. Europa del Este tomó la delantera a la URSS, fracturándose antes de que esta última colapsara, y Asia sudoriental comunista ha seguido, bastante cautelosamente, los pasos de China.

Sin embargo, dos pequeños regímenes comunistas se han mantenido hasta ahora en pie, aplicando estrategias de supervivencia muy distintas. El aislamiento nacionalista ha convertido al comunismo norcoreano en un poder dinástico complementado con misiles balísticos y pobreza de masas. Cuba ha sobrevivido manteniendo intacta la integridad revolucionaria de su régimen, aunque éste sea quizá ahora aún más personalista y autoritario que antes. Su ingeniosa estrategia ha consistido en transformarse en un importante centro turístico y de vacaciones. Aunque el turismo sea ciertamente una industria con futuro, es menos claro que el hotel de playa pueda convertirse en un modelo social a medio plazo<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Muchos, si no la mayoría, de los mejores hoteles cubanos son de propiedad pública, pero se concede su explotación habitualmente a empresas capitalistas con sede en el extranjero.



5. Otra dificultad para la izquierda: las políticas económicas neoliberales han proporcionado algunos logros materiales, y no se pueden denunciar creíblemente como un fracaso absoluto para la derecha. Los gobiernos neoliberales han conseguido contener la inflación, lo que ha constituido un importante activo político en la década de 1990 en Argentina, Bolivia, Brasil, Perú y otros lugares. La apertura del mercado mundial ha significado nuevas oportunidades para muchos. Algunas privatizaciones han tenido éxito, no sólo ofreciendo más privilegios para unos pocos, sino alentando la inversión y proporcionando servicios: el mercado de las telecomunicaciones es el ejemplo más sobresaliente.
  
6. Los acontecimientos geopolíticos en el ámbito estatal han gravitado pesadamente sobre el equilibrio de fuerzas entre izquierda y derecha a escala mundial. Bastará una breve lista como recordatorio. El enfrentamiento chino-soviético, reproducido más tarde en el conflicto entre Vietnam y el régimen de Pol Pot en Kampuchea, dividió y desmoralizó a la izquierda y reforzó enormemente a la derecha. Los colapsos estatales en el África independiente, comenzando en el Congo en el otoño de 1960, dejaron poco margen para la política de izquierdas en el continente, aunque esto se viera ocultado durante un tiempo por el alineamiento geopolítico de ciertos líderes junto a la URSS. La derrota catastrófica frente a Israel en la guerra de 1967 desacreditó y desmoralizó a la izquierda árabe secularizada en toda la región, y abrió paso a fundamentalismos religiosos agresivos tanto en el campo árabe como en el judío.

Añadiéndose a esos éxitos y fracasos, debemos registrar cómo se han modificado todos los parámetros del campo político durante este período. De nuevo, sólo podemos apuntar aquí los efectos de algunas de esas dinámicas sobre el equilibrio entre izquierda y derecha. En primer lugar, el ascenso de la política ecologista o medioambiental, surgida a raíz de la crisis del petróleo a mediados de la década de 1970. Aunque esas corrientes se hayan mostrado en general más críticas hacia el capital que hacia el trabajo, también han cuestionado la perspectiva fundamentalmente desarrollista de la izquierda industrial, y se muestran más tolerantes hacia el desempleo y la desigualdad económica que la izquierda tradicional. En segundo lugar, las políticas identitarias, ya sean étnicas o sexuales, se han vuelto considerablemente más importantes en algunos lugares del mundo. Sus relaciones con las cuestiones socioeconómicas son a menudo ambiguas, críticas hacia las desigualdades que afectan a su grupo o comunidad, pero no hacia las que afectan a otros o hacia la desigualdad en general.

## *El impacto de las nuevas tecnologías*

Los nuevos avances en el conocimiento científico y la tecnología en los últimos cuarenta años han tenido también un impacto notable en el espacio político. En primer lugar, deberíamos tener en cuenta los efectos de la tecnología en la aceleración de la productividad industrial, lo que ha llevado a una desindustrialización relativa y con ella al debilitamiento de medios tradicionales de clase obrera. La televisión ha propiciado la aparición de nuevas relaciones sociales centradas en el hogar y una política más focalizada en la imagen. Nuevos desarrollos en las telecomunicaciones, como las emisiones vía satélite, los teléfonos móviles, el correo electrónico e Internet, presentan un doble filo, erosionando tanto los servicios públicos de telecomunicaciones como los controles de orden público<sup>16</sup>. Finalmente, más de un siglo después de Darwin, la biología está emergiendo una vez más como un nuevo escenario para la expansión del conocimiento y la tecnología, y también, por lo tanto, de la ideología cultural. El campo político del futuro abarcará seguramente una proporción mayor de «política de la vida» en torno a cuestiones como la sanidad y el medio ambiente, abordando el envejecimiento, la ingeniería genética, cuestiones éticas y la calidad de vida.

### *Dinámica del sistema económico*

Marx pronosticó hace ciento cincuenta años una tendencia histórica del desarrollo hacia un carácter más social de las fuerzas productivas, que conduciría a su vez a una contradicción creciente con la propiedad privada de los medios de producción. Desde entonces hasta aproximadamente 1980, existió de hecho esa tendencia a largo plazo hacia la socialización y/o la regulación pública de los medios de producción, transporte (ferrocarril, líneas aéreas, metro...) y comunicación (teléfonos, radiotelevisión...). Esto constituyó un rasgo distintivo de los núcleos capitalistas desde la Primera Guerra Mundial hasta el final de la Guerra Fría, apuntalado por el poderío de la industrialización soviética y, tras la Segunda Guerra Mundial, de todo el bloque de países comunistas. Otra nueva oleada de socialización fue la que se produjo con el socialismo poscolonial, la revolución cubana, la Unidad Popular chilena y las propuestas socializadoras de los gobiernos francés y sueco entre mediados de la década de 1970 y comienzos de la de 1980.

Entonces todo cambió, con fracasos y derrotas desde Suecia hasta Chile, desde Francia hasta Tanzania o India, acompañados por una crisis cada

---

<sup>16</sup> Esa relajación de los controles de orden público puede invertirse en el próximo futuro: un test interesante será la reacción de las autoridades policiales frente a las próximas cumbres de la Unión Europea, la OMC y el Banco Mundial. La tecnología para la vigilancia y el espionaje globales existe ya en el sistema Echelon puesto a punto por Estados Unidos.

vez más profunda de los países comunistas. La oleada de privatizaciones fue iniciada por Thatcher en Gran Bretaña, quien se mostró aún más radical a ese respecto que el régimen pinochetista en Chile. Desde entonces se han adoptado programas de privatización no sólo en los países poscomunistas de Europa del Este, sino también en los dos mayores países que siguen llamándose comunistas, China y Vietnam, y virtualmente en todos los países gobernados por la socialdemocracia, por no hablar de los gobiernos de derechas. Tales programas se han convertido en una condición importante, a veces decisiva, para disfrutar de créditos del FMI. ¿Cómo explicar este giro histórico de la socialización a la privatización? Lo que ha ocurrido es la confluencia de tres procesos sistémicos, en las condiciones –favorables o desfavorables, eso depende del punto de vista de cada uno– creadas por sucesos contingentes:

1. El programa de desarrollo de los Estados comunistas, dependiente de la movilización de recursos naturales y humanos con ayuda de la tecnología existente, propia o incorporada, comenzó a agotarse. Esto se constató primeramente en Europa central-oriental a mediados de la década de 1960, y en la Unión Soviética un decenio más tarde. Aparte de la carrera de armamentos con Estados Unidos, la cuestión de cómo generar nuevas tecnologías y mayor productividad no llegó a encontrar respuesta. La invasión soviética de Checoslovaquia en 1960 congeló nuevas iniciativas comunistas e inauguró un período de estancamiento que la *perestroika* no fue capaz de romper.
2. La competitividad e integridad de los Estados poscoloniales resultó ser fatalmente inferior a las exigencias de la planificación social y del desarrollo económico patrocinado por el Estado.
3. En los países capitalistas del centro nuevas fuentes de generación de capital y tecnologías de gestión desafiaron la capacidad del Estado. Los pesados compromisos sociales hicieron también cada vez más difícil, hasta para los países ricos, satisfacer las nuevas demandas de inversión estructural, mientras que la explosión de los mercados financieros generaba mucho más capital privado.

Estas tres tendencias sistémicas confluyeron en la década de 1980. La privatización recibió entonces su propio impulso político del surgimiento de dos tendencias particularmente despiadadas y resueltas, brotadas ambas del fracaso en la gestión de la crisis por parte de la izquierda: el *pinochetismo*\* en Chile y el *thatcherismo* en Gran Bretaña. Ni en uno ni en otro caso fue la privatización una premisa inicial –más allá del desmantelamiento de las recientes socializaciones de Allende–, sino que más bien emergió, desde muy pronto, del entorno del líder. Una vez puesta en marcha, se vio enérgicamente impulsada por banqueros interesados en la

---

\* En castellano en el original.

inversión y asesores financieros, convirtiéndose en condición, como hemos dicho, para el disfrute de créditos del FMI o del Banco Mundial, y fue adoptada como elemento ideológico central por los medios de derechas. Como también hemos dicho, ese giro ha alcanzado algunos éxitos tecnológicos, en especial en el campo de las telecomunicaciones, y otros en el campo de la gestión. La subcontratación del sector privado ha ido en paralelo. Pero en general el impulso privatizador se ha alimentado de los recursos del nuevo capital privado, fuertemente apoyado por la moda ideológica.

### III. LA POLÍTICA DESPUÉS DEL SIGLO XX

Cualquier previsión sobre el futuro equilibrio entre izquierda y derecha debe atender a la dinámica del sistema capitalista, a los nuevos parámetros de la actividad política y a la actitud programática adoptada por unos y otros en las cuestiones globales clave. Sobre la cuestión de la dinámica capitalista hay que señalar que, si bien no hay signos de agotamiento o estancamiento en las economías desarrolladas, tampoco hay indicaciones claras de una vitalidad renovada. Las tasas de crecimiento a largo plazo han disminuido desde la gran expansión de la década de 1960. La tasa anual de crecimiento económico per cápita en el período 1991-1999 fue poco más o menos la tercera parte de la de 1966-1973<sup>17</sup>. En los países del llamado centro industrial, la tasa de crecimiento en la década de 1990 estuvo en torno al 40 por 100 de la de 1966-1973. Entretanto ha aumentado la volatilidad financiera. Tampoco hay signos de una dinámica igualitaria; por el contrario, las desigualdades se han hecho más profundas, tanto en los países de la OCDE como a escala mundial. Dado que la desigualdad global se reproduce sustancialmente dentro de las fronteras de los Estados, éstos siguen siendo un terreno decisivo para el cambio social, manteniendo su importancia en ese campo. Entre los ciudadanos de Brasil o Guatemala, por ejemplo, existe casi tanta desigualdad de ingresos como en el conjunto de la población mundial<sup>18</sup>.

Ya hemos observado cómo ha cambiado el espacio político bajo el impacto de los nuevos modelos sociales y de las tecnologías de la comunicación; es probable que estos cambios continúen. Pero conviene tener en cuenta que las nuevas formas emergentes de política coexisten con otras

---

<sup>17</sup> Banco Mundial, *Global Economic Prospects of the Developing Countries 2000*, Washington DC, 1999, apéndice 2, tabla A2.2.

<sup>18</sup> La desigualdad de renta entre los hogares del mundo se ha estimado en un valor de 66 (de un posible máximo de 100) del llamado índice de Gini. En Brasil y Guatemala alcanza el valor de 60. En la misma escala, Escandinavia y Gran Bretaña difieren en más de 6 puntos. B. MILANOVIC, «True World Income Distribution, 1988 and 1993: First calculations based on household surveys alone», Banco Mundial, Washington DC, 1999; R. PAES DE BARROS, «Inequality and Poverty in Brazil», comunicación presentada a la Conferencia sobre Procesos Globales de Desigualdad celebrada en Estocolmo los días 26-29 de octubre de 2000.

más tradicionales, en lugar de sustituirlas. Han surgido nuevos sujetos políticos, con frecuencia definidos por sus identidades sexuales o culturales –los movimientos feministas, de homosexuales, grupos étnicos, inmigrantes– y en países con una población envejecida como los de Europa, el Cono Sur o Japón, los agrupamientos generacionales están asumiendo un peso creciente. Pero a escala mundial nadie puede sostener que eso haya abolido la importancia de las clases y otras categorías económicas: los pobres, desfavorecidos y marginados siguen constituyendo la mayoría de la población. Han aparecido nuevas cuestiones –calidad de vida, ecología, expresión cultural–, pero las antiguas –desigualdad, desempleo, pobreza, inseguridad, subdesarrollo económico–, no han desaparecido. Las formas establecidas de representación política –partidos, elecciones, grupos de presión, sindicatos– coexisten con protestas regionales y globales que se han producido después de Seattle, redes transnacionales, movilizaciones por Internet y teléfonos móviles. En resumen, la esfera de la expresión política se ha ampliado, y la futura materialización de los objetivos de la izquierda y la derecha dependerá cada vez más de la capacidad para usar y relacionar toda la panoplia de armas políticas. La discusión política tradicional ha fracasado, bien por anclarse en las viejas rutinas del pasado, del lado conservador, o por plegarse continuamente a la moda, atendiendo únicamente a lo más reciente.

### *Cuestiones decisivas en el futuro*

En el futuro inmediato –en los próximos diez o quince años, digamos–, el equilibrio global de poder e influencia entre la izquierda y la derecha probablemente se decidirá en torno a tres cuestiones. Una de ellas, el crecimiento económico, es actualmente un problema sobre todo político; otra, los derechos humanos, es ante todo una tarea de movilización política; y la tercera, por el momento, es más bien una cuestión de perspectiva y discurso. En la medida en que la izquierda sepa hacer suyas esas cuestiones, la balanza se inclinará en su favor. Si no lo logran ni la izquierda ni la derecha, la política mundial seguirá probablemente, como hasta ahora, dominada por un «neoliberalismo con rostro humano» hegemónico, si no absoluto, hasta que algún acontecimiento no previsto sea capaz de modificar el panorama.

1. La cuestión del crecimiento económico raramente desempeña un papel positivo en las discusiones de la izquierda. O bien se critica por sus efectos distributivos desiguales o dañinos para el medio ambiente, o bien no se habla de él en absoluto. Es un profundo error. Para reducir –o mejor, abolir– la pobreza en África, Asia, América Latina, la antigua Unión Soviética y los Balcanes, una condición necesaria, aunque no suficiente, es un crecimiento económico sustancial. En el corazón de la OCDE, la necesidad de crecimiento es menos aguda, pero no despreciable, no tanto en términos de consumo como para la generación de recursos que proporcionen a una población cada vez más

envejecida los cuidados necesarios. Fue la combinación de crecimiento e igualitarismo económico de las décadas de 1930 y 1940 la que dio a la socialdemocracia escandinava su sólida y duradera posición de poder. Hoy en día no se observa esa combinación en ningún sitio. En China, el crecimiento económico sin precedentes se ve acompañado por una polarización económica que crece rápidamente, tanto entre las clases como entre las regiones orientales y occidentales; en Chile, el país de América Latina con mayores éxitos económicos en los últimos años, los abismos de clase creados por la dictadura de Pinochet siguen en pie. El «crecimiento reductor de la pobreza», referido en general a la pobreza «extrema» de menos de un dólar al día por persona, se ha convertido en un tema oficial de la agenda de organizaciones globales como el Banco Mundial o la OCDE. Los pobres tienen pocas razones para esperar mucha ayuda de esa procedencia, pero aun así resulta notable que baluartes tan señalados del neoliberalismo parezcan prestar más atención a esa cuestión que muchas organizaciones de izquierda.

2. Los derechos humanos han constituido un asunto internacional central durante el último cuarto de siglo. Los principios adoptados en los Acuerdos de Helsinki se convirtieron en un valioso recurso para los intelectuales disidentes en Europa del Este. En América Latina las cuestiones de derechos humanos movilizaron una resistencia popular a gran escala contra las dictaduras militares. En el marco de las derrotas políticas que las precedieron era correcto y eficaz separar la crítica de los brutales abusos dictatoriales —tortura, asesinatos, «desapariciones», matanzas— de la del sistema capitalista a cuyo servicio estaban. Pero esa separación ha conducido a juegos de poder imperialistas camuflados bajo el discurso de los derechos humanos, como los bombardeos «humanitarios» sobre Yugoslavia e Iraq, los cambalaches del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados y dobles raseros aún más grotescos. No es extraño que los líderes estadounidenses y sus vasallos estén en contra de un tribunal internacional independiente para juzgar los crímenes de guerra, dado que los militares y políticos estadounidenses serían probablemente los primeros en tener que rendir cuentas ante tal tribunal.

Pero denunciar esa cínica hipocresía es una cosa, indudablemente necesaria, y pretender que así desaparezca otra muy distinta, y probablemente inútil. El cinismo, la hipocresía y las mentiras son elementos cruciales del juego de poder. Las preocupaciones sinceras por los derechos humanos son esencialmente de carácter antiimperialista. Sería sin embargo de gran ayuda para los humillados y ofendidos de todo el mundo que la lucha por los derechos humanos se vinculara a la lucha por los derechos sociales vitales: liberación de la esclavitud, de la miseria y de las condiciones de trabajo inhumanas; derecho a organizarse sin correr el riesgo de ser asesinado o quedarse sin trabajo; una dignidad humana básica en la vida cotidiana. Estos derechos sociales elementales se ven pisoteados no sólo en las dictaduras, sino virtual-

mente en todas las democracias de África, América, Asia y gran parte de la Europa poscomunista. Los derechos humanos tienen que basarse en algún tipo de igualdad socioeconómica, algo que el sistema económico dominante niega insistentemente. Esta conexión social de los derechos humanos es una dimensión vital para la izquierda.

3. La sociedad que un trabajador alemán con conciencia de clase soñaba en torno a 1900 era probablemente similar a lo que llegó a ser la RDA, si se exceptúan el muro de Berlín, la Stasi y otros elementos del aparato dictatorial. Pleno empleo, enseñanza libre, cuidados sanitarios para todos, propiedad colectiva de los medios de producción, ingresos nivelados y ausencia de privilegios hereditarios. En muchos lugares del Tercer Mundo, ese tipo de sociedad constituiría un tremendo avance en el siglo XXI. Pero también hay amplios sectores para los que sería insuficiente, especialmente en los países capitalistas del centro. El movimiento original de 1968 tenía una visión más individualista de la sociedad futura, aunque nunca se articulara con éxito en el ámbito político. La izquierda precisa actualmente una visión de futuro que incluya tanto la igualdad como la realización individual, una solidaridad social a escala planetaria que deje margen para una cantidad innumerable de proyectos y formas de vida. Algo de esa orientación se puede discernir ya en forma embrionaria entre muchos de los jóvenes comprometidos, aunque sea de forma intermitente, con las protestas antiglobalización y de tipo ecologista, desde Greenpeace hasta ATTAC, por poner un par de ejemplos. Pero esos movimientos no se adhieren a un programa o estrategia para cambiar el mundo. Incluso cuando la protesta tiene éxito, el mundo sigue siendo el mismo, lo que sólo quiere decir que no ha empeorado.

No veo actualmente muchos signos de que la izquierda global se esté tomando en serio estos asuntos decisivos, pero puede llegar a suceder: la sociología no es una ciencia exacta, y todavía queda un largo camino por recorrer. Después de todo, la política del siglo XXI apenas acaba de comenzar.